

ESPACIO ABIERTO

Ana Alcolea

El medallón perdido

ANAYA





1.ª edición: octubre de 2001
41.ª reimpresión: agosto de 2025

© Ana Alcolea, 2001
© Grupo Anaya, S.A., 2001, 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-667-0611-7
Depósito legal: M-31354-2011

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.


E S P A C I O


A B I E R T O



Diseño y cubierta de
Manuel Estrada



ESPACIO ABIERTO

Ana Alcolea

El medallón perdido

ANAYA

Para Jesús Bescós,
a cuyo recuerdo van dedicadas estas páginas,
in memoriam.

1

Siete llaves y un desván

Habían pasado más de cinco años cuando, mientras paseaba entre las casetas de la Feria del Libro, vi un título que me recordó todo aquello que viví en el verano de 1995. El libro se llamaba *El medallón perdido,* y eso, un medallón perdido, fue lo que anduve yo buscando durante mi primer viaje a África, un lustro atrás.

Mi padre había muerto dos años antes en medio de la selva africana. Su avioneta se encontró con una tormenta tropical y se estrelló contra los riscos de una pequeña montaña. Encontraron su cadáver tres días más tarde. Yo tenía entonces trece años, y mi madre había decidido protegerme de la tristeza de tenerme que enfrentar a una realidad adversa. Todas las fotos en que aparecía mi padre desaparecieron de la casa, todos sus trofeos de caza fueron a parar a un desván del que sólo mamá tenía la llave. Ningún recuerdo de su presencia con nosotros durante años, ni siquiera su rostro, que se iba borrando poco a poco de mi memoria. Nada quedaba de él en aquella casa de la Colonia del Viso. Mi madre pensaba que la vida podía empezar de nuevo si aniquilaba de un mazazo todo lo que

tuviera que ver con el hombre que compartió con ella su juventud, por el que había sacrificado tantas cosas y que se había ido así sin más, sin despedirse, de la manera más insospechada, más imprevista. Él, que pilotaba desde hacía tantos años, que conocía la selva palmo a palmo, que sabía de la rapidez con la que se forman las tormentas en esa parte del mundo. Creo que en el fondo mamá nunca se lo perdonó, ni a él, ni a África, que se lo llevó sin avisar.

Nunca, en aquellos dos años, pude acceder al desván. Lo intenté todo: abrir la cerradura con una horquilla de mamá, con una tarjeta de crédito rota y caducada que encontré en el cubo de la basura, con un cuchillo de cocina. Nada.

Una vez hallé un manojo de llaves celosamente escondido en el doble fondo del escritorio del despacho de papá. Junto al llavero, había fotos de mi madre mucho más joven; también fotos de otras chicas, desconocidas para mí, con esos rostros de otros tiempos, y que mi padre había guardado; fotos de los abuelos, cartas de viejos amores, un largo etcétera, pero ni una sola foto de mi padre.

Una noche, mi madre había salido a cenar y la asistenta estaba con una jaqueca que la postraba en cama una vez al mes. Vi la ocasión: decidí probar aquellas llaves en la puerta de la buhardilla. Para acceder a ella, había que bajar una escalera plegable que hacía un ruido endemoniado. Comprobé que María había tomado su calmante y que estaba dormida como un tronco. Para ello me puse unos zapatos de tacón de mamá y bailé un zapateado delante de la cama de la enferma. Ni se inmutó, ni dejó de roncar un solo segundo. ¡Aquélla era mi gran oportunidad! María profundamente dormida y mamá cenando con sus amigas. Era el momento.

Bajé la escalera plegable ayudándome de un bastón que mi abuelo se había dejado olvidado en la última visita. En aquellos días, poco después de haber cumplido los quince años, todavía no había crecido demasiado. Era muy bajo para mi edad, lo que me llenaba de complejos frente a mis compañeros de clase, todos más altos que yo. Afortunadamente, tenía unos ojos que bastaban para conquistar a las chicas, sobre todo a Almudena, que era la única que por aquel entonces me importaba.

Aquel día deseé más que nunca ser más alto para poder llegar a bajar la dichosa escalera. Saltaba y saltaba, pero no conseguía mi objetivo. Menos mal que recordé que el abuelo se había dejado su bastón el día anterior. Estaba claro que él no lo necesitaba; sólo lo llevaba para impresionar y para que todos le preguntáramos:

—Abuelo, ¿qué tal va la pierna?

Así él podía contestar:

—Mejor, mucho mejor, me recupero con rapidez, igual que cuando un bisonte me pisoteó durante un safari hace treinta años...

Y así empezaba siempre a contar alguna de sus historias del pasado, que todos sus nietos escuchábamos encantados. Nadie narraba como él. Tenía una voz y una manera de hablar que nos sumergía en una especie de ensoñación misteriosa, que nos dejaba mudos y atónitos.

Pues bien, cogí aquel bastón y lo enganché a uno de los peldaños metálicos de la escalera, que bajó con el estruendo habitual en ella. Me quedé quieto, atento a si algún ruido en el piso de abajo delataba que María se hubiera despertado. Nada. Se seguían oyendo sus ronquidos acompasados, detenidos alguna vez por una inspiración más profunda, o sea, por un enor-

me ronquidazo. De aquellos ronquidos de María me acordaría meses después, cuando oí por vez primera el bramido de un elefante.

Conseguí encaramarme a la escalera y subir hasta la puerta. Empecé la tarea de comprobar las llaves. La primera era demasiado pequeña. La segunda era demasiado grande. Los dientes de la tercera no tenían nada que ver con la cerradura. La cuarta entraba, pero ni giraba ni quería salir. Por fin salió. La quinta tampoco quiso entrar. La sexta también era muy pequeña. Y la séptima... ¡Por fin! La séptima entraba y giraba... Pero entró y giró al mismo tiempo que iba entrando y girando la llave de mi madre en la puerta principal de la casa. ¡Mi madre venía! ¿Qué había pasado con la cena? ¡Me iba a descubrir! Saqué a toda prisa la llave de su cerradura, con el ánimo de volver a intentarlo en otra ocasión, en otro milagroso momento en el que una cena de mamá y la jaqueca mensual de María coincidieran. Pero... al sacar la llave y querer echar a correr para no ser descubierto, me olvidé de un pequeño detalle: ¡estaba encima de una escalera plegable! Me caí. Grité. Mi madre subió asustada por el estruendo de mi caída y por mi grito. Adivinó mis intenciones. Me dolía un brazo. Tenía un golpe en la frente. Noté cómo algo se iba inflamando en mi entrecejo. No podía mover el brazo. Mi madre chilló. Yo lloré. Ella también lloró. María no se despertó. Mamá cogió el teléfono y llamó a una ambulancia.

Mi expedición al desván terminó con un brazo escayolado por una fisura en el radio, con un montón de moratones y con un chichón infame en la frente que parecía un grano gigantesco. El resultado fue que Almudena decidió ir al cine el sábado siguiente con Borja en vez de conmigo. Borja sacaba en la escuela más sobresalientes que yo, medía quince centímetros

más que yo y, además, tenía tres hermanos más que yo, que no tenía ninguno. Lo odiaba. Y para colmo, aquel sábado acompañaría a ver mi película favorita a mi chica favorita. ¡Puaf!

Y por supuesto, mi madre me quitó las llaves, cambió la cerradura del desván por si acaso y metió la llave en una caja de seguridad que tenía en el banco. Siempre ha sido muy exagerada para todo. Además, yo podía volverlo a intentar con un hacha o contratando a un profesional, por ejemplo, pero ella no contaba con eso, claro, y yo en el fondo tampoco. Además, no hubo ocasión. Muchas cosas empezaron a suceder en junio de aquel mismo año: mi brazo se curó, mi grano-chichón desapareció, Almudena cortó con Borja, de momento, yo crecí tres centímetros en un mes, aprobé el tercer curso de la ESO y mi tío Sebastián vino de África. Llevaba un extraño medallón colgado del cuello.

2

El regreso de mi tío

Hacía mucho tiempo que no veía a mi tío Sebastián. En mi casa apenas se hablaba de él. Sólo en casa de mi abuelo, y no demasiado. Sabía que era el hermano mayor de mi padre y que estaba cerca de él cuando murió. El día del accidente era el tío quien debía haber hecho aquel viaje en el que perdió la vida mi padre. En el último momento, Sebastián enfermó con unas fiebres repentinas y fue papá quien cogió la avioneta para ir a Lambarené a recoger los alimentos y las medicinas para los trabajadores de la explotación. Mi madre siempre deseó que el muerto hubiera sido mi tío y no mi padre, y por eso nunca hablaba de él; y cuando lo hacía, casi nunca salía bien parado: que si había sido un mujeriego, que si era un irresponsable, que si era un salvaje...

El caso es que yo crecí aquellos años con la idea de que mi tío era una especie de fiera que vivía en la jungla rodeado de más fieras; alguien parecido a Tarzán, pero sin una Jane que lo dulcificara.

El abuelo y él tampoco tenían muy buenas relaciones. La razón tenía que ver con la forma de llevar los negocios de la familia, algo de lo que yo no entendía

entonces ni una palabra. Además, desde que papá había muerto, el abuelo no había querido volver a pisar su bienamada África, que le dio todo y que le quitó lo que más quería. Tampoco Sebastián había vuelto a España desde aquellos desgraciados días. Había demasiados recuerdos en uno y otro lugar que ambos pretendían olvidar, aunque no lo conseguían. El problema era que estaban empezando a olvidarse de sí mismos, de lo que habían sido y eran sus vidas, y de todo aquello que habían vivido juntos. Por eso, y por más cosas, volvió mi tío aquel mes de junio de 1995.

Era mi último día de instituto. Salía por el patio con algunos de mis compañeros y el boletín de las notas. Venían también Borja y Almudena, que ya se habían distanciado bastante a raíz de la desaparición de mi chichón y de mi aumento de estatura en casi cuatro centímetros. Estábamos hablando de nuestros planes para el verano, cuando, de pronto, ante la puerta de la escuela, vi un coche deportivo rojo que llamó mi atención y la de mis amigos.

—¡Guau! ¡Qué cochazo! —dijo Pablo.

—Y rojo, como me gustan a mí —contestó Almudena.

—Rojo es una horterada. Ahora se llevan en gris metalizado —rebuznó Borja para fastidiar, como siempre.

Yo me quedé mudo. Mientras llegábamos a las proximidades del lugar donde estaba aparcado el vehículo, noté que iba subiendo cierto rubor a mis mejillas; me estaba poniendo como un tomate, más o menos del color del coche. Yo había visto aquel bólido antes. Sí. En el garaje del abuelo, igual de reluciente. Era inconfundible. Pese a lo cortado que estaba, sonreí. Iba a poder impresionar a Almu. Alguien de casa

del abuelo me había venido a recoger con el descapotable rojo de Sebastián, que no se había vuelto a usar en su ausencia. Pero algo me sobrecogió al acercarnos más. De pie, apoyado de espaldas a la puerta derecha del coche, estaba un hombre bebiendo un botellín de agua. Se volvió súbitamente al oírnos cerca. Aquel hombre me miró, me sonrió, vino hacia mí y me abrazó muy fuerte. ¡Era mi tío Sebastián!

Tenía unos cuarenta años, pero no los aparentaba. Sólo su cabellera gris podía delatar su edad. Tenía un cuerpo joven, atlético y musculoso. Su piel, muy morena, estaba curtida por el fuerte sol de los trópicos. Recogía su melena en una coleta, que le daba un aire entre bohemio y juvenil. Sus ojos eran grandes y verdes; en su mirada se mezclaban como en un cóctel tres partes de una especie de alegría infantil, natural en él, y una parte de cierto tipo de tristeza, aprendida a través de algunas duras experiencias que la vida le había ido deparando. Así era mi tío: alegre y lleno de vitalidad casi siempre; sólo algunas, muy pocas veces, asomaba a sus ojos un rayo sombrío que le sumía en un lago de tristeza, tan profundo como sus ojos del color del océano.

Mis amigos se quedaron de piedra cuando el misterioso desconocido del flamante coche rojo me abrazó.

—Es mi tío Sebastián —les dije sin dudar, aunque hacía tiempo que no lo veía, y añadí—: Tío, éstos son mis amigos, Pablo, Marisa, Eduardo, Almudena y... Borja.

—Hola, chicos —saludó el tío—. Vamos a casa del abuelo, Benjamín. Puedo acercar a uno de vosotros. El coche es pequeño, así que puede subir alguien menudo, que pueda compartir el asiento de delante con Benja.

Miré a mi alrededor. Allí no había nadie menudo. Yo quería que fuese Almu la que nos acompañara, claro; además, era la más delgada de todos, así que rápidamente dije, mientras miraba los ojos codiciosos de Eduardo hacia el coche:

—Almudena vive muy cerca del abuelo, tío. Podemos llevarla. Nos pilla de paso.

Como ninguno de mis amigos sabía dónde vivía mi abuelo, la mentira salió bien. ¡Mi adorada Almudena vivía en la otra punta de Madrid, y gracias al atasco de las siete de la tarde en la M-30, yo podría ir a su lado más de una hora haciendo rozar su camiseta con la mía, su pantalón con el mío! ¡Aquello era lo más parecido a la felicidad que podía imaginar!

En aquel momento adoré a mi tío, que debió de entender mis intenciones al vuelo, y a su coche, del que siempre había pensado que era una horterada colosal. También agradecí que Almudena se fijara más en mí a partir de entonces, aunque sólo fuera por obra y gracia del coche rojo. En aquellos días, todavía no habíamos aprendido que la importancia de las personas habita en lo que son, y no en lo que tienen o en lo que aparentan. Mi viaje a África aquel verano me enseñaría eso y mucho más. Almudena tardaría aún bastante tiempo en comprender el verdadero valor de las cosas.

3

El cirujano de mamá y un verano en Santander que no fue

Mamá había conocido a un hombre unos meses antes, en plena primavera, y ya se sabe: la primavera la sangre altera. Había salido con él en varias ocasiones, y un par de veces nos había invitado a cenar a mi madre y a mí. Estaba muy claro que él quería ser amable conmigo. Era un tipo alto y moreno, más o menos de la misma edad que ella, cirujano; estaba divorciado y no tenía hijos. La expresión del rostro de mamá cambiaba cuando Jorge llamaba por teléfono. Sus ojos se estiraban al sonreír, y su cara se iluminaba, como si la encendieran con un interruptor. Los días que salían juntos, mamá se cambiaba de ropa una y otra vez delante del espejo. Preguntaba mi opinión, cosa que no solía hacer normalmente, sobre si estaba mejor con éste o con el otro vestido, o tal vez con ese otro traje de chaqueta. A mí me aburría mortalmente su particular desfile de modelos. Yo no entendía nada de moda femenina. Lo único que sabía sobre mujeres era que Almudena me gustaba llevara lo que llevara. Pero mi madre estaba siempre muy preocupada por su aspecto, por ir a la moda, igual que las pesadas de sus amigas, que todavía me

retorcían los mofletes cada vez que me veían y me decían: «¡Qué rico, Benjamín, qué dos bollitos tienes como carrillos, dan ganas de darles un mordisco!». Afortunadamente, se contenían en su deseo de morder como serpientes venenosas mi demasiado jugosa y carnosa cara. Se conformaban con pellizcarla y dejar sus dedos marcados, y a veces incluso sus largas y pintadas uñas clavadas en mi piel. ¡Encantadoras, las amigas de mamá, y muy modernas...!

Aquella primavera, y después de haber conocido a Jorge, mamá había comprado un traje de pantalón negro con una camiseta blanca muy escotada que la favorecía mucho; hasta yo me había dado cuenta. Después de la muerte de papá, se había quedado extremadamente delgada; ahora por fin estaba engordando e iba poniéndose incluso guapa, como antes. ¡Hay que ver lo que un cirujano puede hacer con una mujer, incluso sin operarla!, pensaba yo cuando la veía maquillarse cuidadosamente para disimular las primeras arrugas que empezaban a enmarcar las comisuras de sus labios y las esquinas de sus ojos. Mi madre tenía unos ojos de color miel, que la siguen haciendo sumamente atractiva. Su cabello había sido oscuro, pero la tristeza envuelta en un papel de aparente frialdad lo había cubierto de canas. Por eso se teñía cada mes en la peluquería. Cambiaba su color muy a menudo. No acababa de estar satisfecha consigo misma. En aquellos días lo llevaba rojizo, a la moda, y recogido atrás en un moño bajo.

El mismo día que mi tío me vino a buscar al colegio, por la noche mamá estaba nerviosa. Yo lo achaqué a la llegada de Sebastián, al que no soportaba. Pensé que su venida le había sorprendido de un modo desagradable. Me equivocaba.

Mamá tenía algo que decirme y no sabía cómo. Me preparó mi cena favorita: hamburguesas con queso